



Retrato descarnado de nuestras tragedias emblemáticas, un filme de Julien Élie invita a rebelarse contra el crimen y la impunidad.

Soles negros

México en seis capítulos. Este México nuestro, en seis devastadores capítulos. O, más bien, este México devastado en seis capítulos. Ver *Soles negros*, el documental de Julien Élie que recientemente ganó el Premio del Público y la mención especial del jurado “Ojo del Puma” por sus logros periodísticos en el Festival Internacional de Cine de la UNAM, equivale a sumergirse en lo peor de nosotros mismos, en este laberinto de crímenes, desapariciones, miedo e impunidad en que se ha convertido nuestro país a lo largo de las dos últimas décadas. Un espejo que nos retrata sin misericordia, aunque con hondos dosis de compasión. Un retrato descarnado de nuestras tragedias emblemáticas, de aquellas que han definido nuestro pasado cercano y nuestro presente, y que sin embargo no son sino unos cuantos ejemplos en medio de miles de casos más que permanecen silenciados u olvidados.

Filmada en un desasosogante blanco y negro –Élie ha explicado que quería evitar que la belleza natural se impusiera sobre las historias–, *Soles negros* aparece hoy como la antípoda y a la vez el complemento necesario de *Roma*, pero mientras en una la nostalgia prevalece sobre el retrato de la desigualdad, en la otra no hay concesión alguna frente a nuestra violencia diaria. La narrativa fílmica de Élie se inicia con ese episodio que ha quedado en nuestra conciencia colectiva como la prehistoria del caos: las muertas de Juárez, o más bien las incontables desapariciones ocurridas en Ciudad Juárez que aparecen, así, como un preludio de las miles que sobrevendrían en todo el país en los años siguientes, tras el lanzamiento de la guerra contra el narco.

A partir de ahí –de observar las desastrosas calles de Juárez donde ocurrían los secuestros sin que nadie hiciese nada–, *Soles negros* se expande en varias direcciones, hacia las desapariciones de mujeres ocurridas en Ecatepec, una de las regiones más peligrosas para las mujeres en el mundo, hacia la primera matanza de San Fernando, en Tamaulipas, en 2010, donde fueron asesinados 72 migrantes centro y sudamericanos –una de las imágenes más impactantes es la del

cobertizo donde estuvieron enjaulados muchos de ellos, amarrados de pies y manos para no poder escapar–, hacia los homicidios de la colonia Narvarte del 31 de julio de 2015, donde fueron torturados y asesinados el periodista Rubén Espinosa, la activista Nadia Vera, la modelo Mile Virginia Martín, la maquilladora Yesenia Quiroz y la trabajadora doméstica Olivia Alejandra Negrete, hacia los 43 normalistas de Ayotzinapa y hacia las fosas comunes halladas en Veracruz o en Guerrero.

En cada secuencia, los protagonistas son los familiares de todas estas víctimas, esos y esas antígonas forzosas que, como en la estremecedora pieza de Sara Uribe, *Antígona González* (2012), se ven obligados a tratar de enterrar a sus muertos: sean las acti-

vistas del colectivo Solecito o ese hermano de Guerrero que busca desesperadamente a su hermano en el vasto camposanto en que se ha conver-

tido su estado. Todos ellos relatan no solo las condiciones en que ocurrieron los crímenes de sus seres queridos, sino la imposibilidad de acceder a la verdad por culpa de las autoridades.

Imposible que el espectador salga indiferente frente a estas dos horas y media del más vivo terror –y de la más rabiosa indignación–, que intentan condensar o al menos resumir, repito, lo que somos: porque, en cada uno de los casos antes detallados, hay una constante: la absoluta impunidad que prevalece al día de hoy en todos ellos. En ninguno de estos crímenes las autoridades han sido capaces de esclarecer los hechos, de hallar a los desaparecidos, de enjuiciar y sentenciar a los culpables. Esta constante es lo más desasosogante que nos deja *Soles negros*: no parece haber vías para la justicia, lo que ocurre en México refleja un patrón que parece imposible contener: se mata, se tortura, se secuestra y se desaparece porque *se puede*, porque no contamos con un solo dique institucional que permita contener este infierno.

Soles negros, este inventario de lo peor de nosotros, debería de ser visto en México en todas partes: un recordatorio imprescindible que nos impulse a rebelarnos contra nuestra rutina del crimen y la impunidad.

**Se mata, se tortura,
se secuestra
y se desaparece
porque se puede.**